

PRESENTACIÓN DEL NÚMERO 24 DE LA REVISTA CANGILÓN

La redacción

El pasado uno de febrero fue presentada la revista *Cangilón*, n.º 24, en el recinto del Museo de la Huerta, en una espléndida mañana donde el sol y la luz eran auténticamente primaverales; lo que nos hace pensar que Murcia siempre está en su mejor gala de fiesta.



Presidencia de la presentación: Lozano Teruel, Fernández Gálvez, Pacetti López, Saura Mira.

En primer lugar por el director del Museo, Riquelme Manzanera, se hizo un panegírico del presentador, esta vez de lujo, como es José Antonio Lozano Teruel, eminente biólogo, científico de singular experiencia cuyos diversos cargos le avalan como eminente tratadista y escritor, sabio donde los halla en su profesión, fue capaz de darnos una lección magistral en su presentación, aportando valores personales a la etnología y dando una exégesis de cada artículo, pormenorizando detalles que quedan insitos en la materia de nuestra revista. Su actuación brillante y bella fue muy aplaudida.

Con posterioridad, al término de su oratoria, el director de la revista Saura Mira, tuvo unas palabras de agradecimiento hacia tan importante presentador, hombre sencillo y sabio, como son los grandes hombres de este calibre, mostrando su particular modo de considerar

la etnología como defensa de los valores tradicionales que se van perdiendo, ajustando su sentido a los nuevos tiempos, pero ahondando cada vez más en el significado del texto etnográfico y de su interpretación.

Acto seguido, toma la palabra el presidente de la Asociación de Amigos de la Huerta para, de una forma emocionada, dar las gracias al ilustre presentador Lozano Teruel, significando su amor hacia todo lo que representa la huerta y el agua, básica para el huertano. Considera que sin este amor de quienes trabajan en la revista, sería difícil continuar y que sólo personas de este talante pueden abrir cauces para seguir con esta empresa, en la defensa de lo nuestro, de nuestras costumbres y tradiciones. Sus palabras fueron también muy aplaudidas por la emoción que les puso.

Finalmente intervino María Dolores Fernández Gálvez, en representación del Alcalde Presidente, para agradecer a cuantos habían intervenido, de forma especial al brillante presentador. Aupando a la dirección y colaboradores de la revista a seguir en este camino de la defensa de nuestra antropología, de todo lo que se refiere a la huerta y sus usos pasados que nos informan de una vida rica e intensa, de una identidad regional merecedora de su encomio a ultranza.

Terminando el noble acto se pasó a tomar un vino con asistencia del público que fielmente nos siguen en tales efemérides.

* * *

Ante la belleza del texto que Lozano Teruel hizo en esta presentación, entendemos que es un lujo publicarlo en toda su extensión para poder matizar, desde la reflexión, cada uno de sus párrafos:



Lozano Teruel.

«Con desconcierto me presento ante Ustedes. Si el orador fuese un reputado conocedor de alguna materia y ustedes estuviesen interesados en conocer alguna faceta de esa materia, el agradecimiento del conferenciante tendría que ser más testimonial y más protocolario ya que, al pedirle su colaboración, se habría hecho algo considerado normal, incluso adecuado.

No es este el caso. De ahí mi desconcierto. Nos encontramos en un museo. Lugar destinado al estudio de las ciencias, letras humanas y artes liberales y a la conservación, estudio y exposición de los objetos que mejor ilustran las actividades del hombre o que son culturalmente importantes para el desarrollo de los conocimientos humanos. Se trata de un museo etnológico con la misión de estudiar y describir a una población. En concreto, los habitantes, la geografía, el ambiente y las costumbres de la huerta de Murcia. Y el bello rincón en el que nos hallamos es parte de Alcantarilla, que por sí misma constituye el mejor compendio de la historia de la huerta murciana, como tan sabia y bellamente ha expuesto Salvador Frutos Hidalgo en su documentada e interesantísima *Historia de Alcantarilla, de la Prehistoria al fin de señoro*, con sus profundos argumentos sobre la calzada romana y el puente que fueron los orígenes de la población o sobre la posible procedencia romana de este acueducto junto a la noria,

en este mismo museo, tan cargado de historia por su ubicación y contenido.

De ahí mi desconcierto. Porque ustedes son personas universales, pues bien lo dijo un hombre sensible, un gran poeta que moría, posiblemente de pena, también se puede morir de pena, a los cuatro días de tener que desterrarse de su patria, un poeta, Antonio Machado, que había escrito «si quieres ser universal ama a tu pueblo». Y, ustedes que son grandes amantes de Murcia son, por ello, universales. Muchas personas, entre las que me encuentro, hemos aprendido precisamente a conocer y a amar a Murcia a través de ustedes, los literatos, los poetas, los pintores, los historiadores, los etnólogos culturales. Bastantes, están presentes aquí. Otros han de estar ausentes, por razones diversas, entre ellas la de pertenecer a épocas y tiempos diferentes.

Entonces, ante un auditorio experto, universal como el de ustedes, que cultivan las diversas ramas humanísticas, se encuentra un profesor universitario de Bioquímica y Biología molecular, sin otros méritos humanísticos que el de ser un apasionado de su obra y el de contar con el afecto y el cariño de la Asociación de Amigos del Museo de la Huerta y de los responsables de su cuidada revista *Cangilón*. Por ello, conocedor de mis limitaciones, ante el exceso de confianza y afecto que ustedes han depositado en mí, solo puedo responderles con una petición de benevolencia y un agradecimiento sin límites. Agradecimiento perteneciente a todos y cada uno de ustedes pero que personalizo en el señor presidente de la Asociación de Amigos del Museo de la Huerta de Murcia, Diego L. Pacetti López, en el director de la revista *Cangilón*, Fulgencio Saura Mira y en el director del Museo, Ángel Luis Riquelme Manzanera, quien ha sido el transmisor directo de la petición.

Al preguntarme qué es Murcia y su huerta, mi formación profesional de bio-



químico que tiende a analizar los hechos biológicos según las bases de las ciencias moleculares, me hace responder que, fundamentalmente, Murcia ha de ser su biología o genética, ha de ser su física y ha de ser su química. En otras palabras, Murcia es el hombre, es la tierra y es el agua. Murcia es el modo de ser de sus gentes, es el color y las formas de su paisaje y es el culto al agua, fuente de nuestra vida.

En tal caso, ¿no sería posible que realizásemos juntos unas pequeñas y posible-mente cándidas reflexiones sobre la existencia y características de una biología, una física y una química de nuestra tierra?

Es una aproximación poco habitual, pero ya estamos todos muy habituados a que la ciencia moderna tenga bastante que decir sobre cuestiones que habitualmente se planteaban en otros terrenos más humanísticos como la filosofía, la historia, la teología, etcétera.

En todo caso no me propongo elaborar una lección científica sino hacer unas leves disquisiciones al hilo de la oportunidad que lo celebramos en este lugar.

Comencemos con la biología y con su expresión más actual, la genética molecular. Como ustedes saben bien, un nieto de Josiah Wedgwood, el fundador de la famosa fábrica inglesa de cerámica; un naturalista con una sólida formación en Medicina y Teología, a quien le apasionaban las ciencias naturales; es decir, Charles Robert Darwin, formó parte como naturalista de

la expedición del Beagle, entre 1831 a 1836. Sus observaciones encontraron el hogar adecuado en su penetrante inteligencia y, en 1837, su mente ya había esbozado la teoría de las especies, aunque esperó más de veinte años para exponerla públicamente por escrito.

Para que se hagan ustedes una idea del ambiente de la época, unas pocas décadas antes del nacimiento de Darwi, el arzobispo Ussher, de la Iglesia Anglicana de Inglaterra, afirmaba que la fecha exacta de la creación del mundo era la de las nueve de la mañana del día 22 de octubre del año 4004 antes de Cristo. Y, en 1857, sólo un año antes de que Darwin publicase su obra cumbre, *El origen de las especies por medio de la selección natural*, un renombrado biólogo marino de la época, Philip Henry Goose, defendía que Dios había creado los fósiles al mismo tiempo que a Adán y Eva.

Desde Darwin quedó claro que la evolución es la fuerza motora de los procesos biológicos, es la clave para intentar comprender la biología de los seres vivos. ¿Qué tiene que ver ello con los murcianos?. ¿Cuál es la principal característica biológica de los murcianos?

Podríamos acudir a la historia y a la observación. No somos un grupo étnico definido, no tenemos un Rh especial, ni siquiera un color de tez único, ni una forma de ser, ni de sentir uniformes. Si paseamos por los caminos de la huerta podremos incluso encontrarnos huertanos, huertanas, rubios, rubias, de ojos azules. Efectivamente, la historia nos enseña que desde la prehistoria que se hunde en los tiempos más remotos, a la actualidad con el importante fenómeno de la inmigración, esta tierra ha sido lugar de mezclas, de amalgama crisol de culturas y civilizaciones que han ido dejando su huella y su aportación biológica, sus genes. Por su situación geográfica ha sido Murcia permanente tierra de fronteras, entre cristianos y musulmanes, puerta de acceso al y desde el Mediterrá-

neo. Si acudir a íberos, celtas, romanos, cartaginenses, fenicios o árabes, para el historiador y antropólogo Caro Baroja, Murcia era ejemplo de encrucijada donde «se cruzan lo castellano (manchego), lo aragonés, lo valenciano, lo alicantino y lo andaluz de un modo matizado y gradual».

En el libro *Murcia, claves del pasado*, se llega a definir al murciano como inquieto, charlatán, un tanto desordenado, lírico, sensible, a veces tímido, siempre pródigo, soñador hospitalario, tierno y ansioso, con algo de romano y un algo más de árabe. Indeciso entre Levante y Andalucía, a caballo entre culturas y formas de ser distintas. El murciano no es único, no es uniforme, es diverso, con aportaciones étnicas de fuera y de dentro. Incluso ha habido algún intento, como el de Ruiz-Funes García, de explicar el carácter murciano a expensas de la huella dejada por cada uno de los componentes étnicos. Así entre los muchos rasgos analizados, por citar algunos, habríamos heredado de los árabes fatalismo, pereza, resistencia al progreso, pero también hospitalidad; de los aragoneses, cierta tolerancia y espíritu liberal; de los catalanes un importante factor económico; de Castilla, de las zonas interiores con menos influencia árabe, nobleza, austeridad de costumbres y religiosidad. Y así, un largo etcétera.

Un largo etcétera muy beneficioso, porque, como decía el revolucionario pensador ruso Mijail Alexandrovich Bakunin «la uniformidad es la muerte; la diversidad es la vida», coincidiendo con la forma más poética de expresarlo del dramaturgo alemán Friedrich Hebbel: «Vivo: es decir, me diferencio de los demás».

Realmente ello es así. ¿Qué nos dice al respecto la biología moderna, la genética molecular? Las consecuencias del Proyecto Genoma Humano se están haciendo cada vez más evidentes en todos los ámbitos de nuestras vidas y lo serán más en las de nuestros descendientes. En primer lugar,

está siendo una confirmación rotunda de las teorías evolutivas de Darwin. De ello no se escapa ni la teología. La característica principal de nuestro mundo es la de la emergencia, la de desarrollar evolutivamente formas estructurales cada vez más complejas. Necesariamente ello conduce a la conveniencia de la biodiversidad. La pregunta de que ¿todo ello ocurre sin sentido, sin causa?, tiene incluso una respuesta teológica moderna, que sería la de una nueva idea de Dios, un modelo muy relacionado al considerado por Teilhard de Chardin con su ley de complejidad-conciencia: un Dios no estático, que más que Principio de Necesidad sería Principio de Emergencia. Un Dios evolutivo, parafraseando al Dios que, según algunos textos bíblicos, «hace las cosas nuevas».

Si la ciencia nos dice que el mundo no es estático, sigue emergiendo, no está finalizado, en términos teológicos ello significaría que el mundo sigue siendo creado y que el Dios evolutivo sería el futuro del mundo. Es curioso que esta idea de un Dios evolutivo está de acuerdo con el olvidado precepto bíblico del Deuteronomio de no construir imágenes definitivas de Dios. Y no se tratan estas de disquisiciones heterodoxas. Para conmemorar el 300 aniversario de la publicación de los Principio Mathematica de Newton el Vaticano auspició en Castelgandolfo una reunión de diversos eminentes científicos y concretamente, la intervención de Franck J. Tipler se ocupó del Dios evolutivo, que evoluciona en la medida que lo hace el Universo.

En este contexto de primacía de la evolución, de confirmación de las ideas de Darwin sobre la fuerza positiva y conveniente de biodiversidad, en el rechazo de los procesos egoístas y endogámicos, en la necesidad de mezclar patrimonios genéticos diferentes, es en el que afirmo que la existencia histórica de un crisol genético que históricamente ha configurado al murciano es un hecho que nos debe llenar de satisfacción.



Entrega del Fanal emblemático a Lozano Teruel.

La falta e pureza étnica es nuestro mejor patrimonio, ya que nuestro modo de ser peculiar lo podemos basar, en bastante proporción, en nuestras ricas mezclas genéticas e, incluso, los creyentes, pueden pensar que de ese modo, con esa mezcla genética, se ha colaborado y se puede seguir colaborando más fielmente con el Dios evolutivo, fuente de la evolución.

En el comportamiento, en el modo de ser de cualquier organismo son importantes los genes pero lo mismo o más lo es el entorno, el ambiente. Así llegamos a la necesidad de comentar la Física de Murcia, del paisaje murciano, el segundo gran protagonista de esta tierra.

El paisaje murciano es bello, es exuberante. Precisamente un gran murciano, de origen extremeño, José Loustau y Gómez de la Membrillera ligaba esos dos conceptos de belleza y exuberancia o superactividad, en uno de sus bellísimos discursos, «El ideal de la vida». Afirmaba, con un razonamiento estético, que la observación del mundo vegetal muestra que la belleza no es más que un lujo que se permite la naturaleza cuando hay superactividad, momento en el que el ser excede a sus necesidades y a su lucha por la simulación. Así aparece la belleza inigualable de las flores. En el caso del hombre, cuando la potencia intelectual sobrepasa a la utilizable para el servicio de la asimilación, se utiliza el exceso para experimentar la

emoción estética y para otras tareas espirituales. Afirmaba D. José que es justo y necesario el uso de este sobrante, aunque la dedicación excesiva a lo bello, podría comportar, y hay ejemplos históricos de ello, un abandono de las funciones estrictamente vitales y, con ello, la decadencia del individuo o de un pueblo entero. La verdad es que este fino análisis que hacía José Loustau nos podría explicar algunas de las características y de los peligros del modo de ser de muchos murcianos.

La impresión de exuberancia de la huerta murciana fue captada, a través de los siglos, por muchos y muy diferentes visitantes. Cuando Abduabdala Mohamed, el andalusí, forzosamente ha de alejarse de Murcia, canta su pena:

Oh tu que te hallas ausente. El deseo de volver

a ti ha dejado ya su trono en mi corazón;

resistir más tu separación me es imposible...

Sin ti no hay placer para mi alma

Y mi vida no se ve libre de enojos

Hacia 1494-1495 un médico alemán de visita por España, Jerónimo Münzer, elogia la hermosura de «la extensa y bella planicie rodeada de montañas» y la compara por ello a Milán, y a Nuremberg, por la importancia de la ciudad.

El gran ciezano universal, por su cultura y reconocimiento internacional, que fue Antonio Pérez Gómez, reflejó documentadamente ello mismo en muchos artículos que quedaron plasmados en uno de sus múltiples y excelentes libros *Murcia en los viajes por España*. Dos años viajó por España, a finales del siglo XIII, el sacerdote británico Joseph Townsend quien, procedente de Cartagena, anotaba su sorpresa al llegar a Murcia, confesando que nunca había visto un paisaje tan bello: naranjos, limoneros, moreras y olivos entre caminos y sendas con un incesante ir y venir de

huertanos con corto calzón blanco. A Henry Swinburne, por la misma época, como refleja en sus cartas-relatos, le gusta menos la ciudad de Murcia, pero da cuenta de los sistemas de regadío y la frondosidad de sus árboles. Para un tercer inglés, Richad Twiss, miembro de la Sociedad Real, su visión de Murcia, un 4 de mayo de 1773, le impresiona por el extenso paisaje de huertas cultivadas y la bella factura de la catedral. Algo semejante ocurre, en general con todos los viajeros extranjeros de los que se conservan sus impresiones de la huerta murciana como un extenso y hermosísimo tapiz de intenso verdor producido por el agua que fertiliza la tierra y hace salir de sus entrañas plantas de todas clases en una sinfonía de verdes distintos.

Y, saltando en el tiempo, para nuestro Martínez Tornel, la visión cercana de la huerta es así:

*Do quiera los ojos miran
plácidamente se pierden
en un bosque de moreras
de palmeras, de cipreses*

Sin duda, el análisis más agudo y profundo sobre el paisaje murciano y su influencia sobre el modo de ser de los habitantes de esta tierra lo realizó una inolvidable personalidad con la que tuve el honor de compartir profunda amistad y su colaboración generosa en las difíciles tareas de iniciar la Facultad de Medicina. Se trata del gran científico y humanista Dr. Valenciano, Luis Valenciano Gayá, y de su discurso leído en la solemne sesión del 2 de septiembre de 1951 de la Academia Alfonso X el Sabio, con el título de «Vivencia e influjo del paisaje», en el que trataba de conocer hasta qué punto el modo de ser del hombre murciano, del ser humano que vive en Murcia, podría estar influido –entre otros condicionamientos– por la vivencia del entorno geográfico, cósmico, en el que desenvuelve su existencia. Y es subrayable o de “entre otros condiciona-

mientos” porque la peculiaridad de la existencia humana es hacerse constantemente a sí misma y en esta tarea, aparte de las determinantes aportadas por las influencias ambientales de fuera adentro, hemos de contemplar circunstancias internas (ya hemos citado los genes), así como otras, en especial las provenientes del co-mundo de los otros hombres.

El estudio de las influencias de los factores ambientales sobre el modo de ser y vivir de los humanos fue bautizado, en 1911, por el autor alemán Hellpach, con el nombre de Geosicología, a la que, con precisión alemana definía como impresión sensible total suscitada en el hombre por una sección de la superficie terrestre en unión con la sección del cielo que se encuentra encima.

Esta relación fascinante entre paisaje y vivencia, a lo largo del tiempo ha captado la atención de muchos escritores, como Azorín (con ejemplos próximos al nuestro), Ortega (la Pampa argentina) o Unamuno (Portugal).

En el caso de Murcia, para Valenciano, en forma resumida, aparte de la luz, existen tres elementos fundamentales en la vivencia paisajista: el color, la forma y la dimensionalidad.

Los colores de Murcia son suaves, no calientes, destacando los verdes, el azul del cielo y el blanco.

En cuanto a las formas son ricas, de formas recortadas y variadas: naranjos, limoneros, moreras, frutales, cañaverales.

Respecto a la dimensionalidad, destaca la escasez de horizontes, los árboles tapando la huerta, las montañas a distancia media, ni tan próximas que abrumen ni tan lejanas que pierdan realidad.

La consecuencia de estos tres elementos del paisaje murciano es la de favorecer las tendencias centripetas, la adaptación, la buena relación con el medio, el apego a la realidad. Por el contrario, este paisaje no exalta los procesos volitivos muy dina-

mizante, provocadores de dominio espacial y temporal.

En la aproximación científica que estamos realizando, en tercer lugar, tras la biología, tras la física, tenemos la química de Murcia, el tercer protagonista, que sin duda es el agua. El agua que para San Francisco de Asís era «... la hermosa agua, que es utilísima, preciosa, casta y humilde».

¿Humilde agua? El agua es el centro, la base imprescindible de la vida, de cualquier proceso viviente. Cuando la curiosidad, el afán de saber, llevan al hombre a querer saber si estamos acompañados en el Universo, construimos sofisticadas naves espaciales con aparatos y sondas tecnológicamente muy avanzados y la pregunta principal que les hacemos parece sencilla: averiguar si hay o ha habido agua en Marte, en otros planetas, en otros sistemas solares, en otras galaxias.

Sin agua no existe posibilidad de vida. El agua es la principal molécula de los seres vivos, constituye casi las tres cuartas partes de toda su composición. El órgano humano que posibilita la consciencia, que nos ennoblece y nos diferencia del resto de los seres vivos, el cerebro, posee un 80% de agua. Un niño, toda actividad y vida en su 75% es agua, mientras que en un anciano, con vitalidad menguada y decadente, el agua suele no superar el 60%. El agua permite manejar y transferir grandes cantidades de calor sin que varíe casi la temperatura. Por ello nuestras células no se cuecen materialmente como consecuencia de su actividad metabólica. El aire que expiramos, es húmedo, con agua gaseosa que transporta mucho calor, que eliminamos con facilidad y nos permite mantener nuestra temperatura corporal. El agua disuelve los metabolitos, permite sus transformaciones, el metabolismo, la vida. El agua lubrica nuestras juntas, conduce por la sangre el oxígeno vital a todas y cada una de nuestras células. El agua es la vida.

Los científicos sabemos por qué una pequeña molécula H₂O, con sólo tres átomos, dos de hidrógeno y uno de oxígeno, es tan importante. Se debe a una propiedad que los químico-físicos llaman hibridación de orbitales. Hibridación, es decir, nuevamente las ventajas de mezclar, de compartir. Los electrones del átomo de oxígeno del agua se ceden entre sí algunas características y ello hace que al unirse un átomo de oxígeno a dos átomos de hidrógeno, la molécula resultante no tenga la forma de una tira recta ni la de un ángulo recto, ni la de una esfera. Más bien sería como una pieza imantada de forma de huevo, con un extremo más agudo y rico en un tipo descarga y el otro extremo de curvas más suaves con la carga de tipo opuesto. Ello hace que, como los imanes, se atraigan las zonas cargadas diferentemente, existan varios tipos de interacciones mutuas en moléculas de agua entre sí y el agua, en lugar de serlo que debería ser, un gas, a temperaturas usuales es, sin embargo, un líquido maravilloso, desde los 0° a lo 100° C, un líquido que disuelve casi todo, que en nuestras feraces huertas lleva los nutrientes a las raíces de las plantas en los riegos, que transporta los nutrientes desde las raíces a las cúpulas de los árboles más elevados, y al absorber grandes cantidades de calor sin sufrir grandes cambios permite la vida acuática y terrestre así como que los mares y océanos atemperan las temperaturas de los continentes.

Los murcianos necesitamos, conocemos, queremos, mimamos el agua. Murcia y cultura del agua son sinónimos, son lo mismo. Este museo así lo atestigua. Nuestros monumentos conmemorativos particulares son las norias. Nuestro sistema circulatorio vital es la red de riegos. Nuestro mejor título para una revista, como la hoy presentada es Cangilón. Posiblemente del latín *congillus*, *cangilón* se define como un recipiente de barro o metal, sujeto con otros, a la rueda de la noria o a una maro-

ma y con el que se saca agua de acequias y ríos.

Precisamente, es esta definición la que aparece en el vocabulario inserto en el artículo *El agua y la huerta* de Antonio Sánchez Verdú y Francisco Martínez Torres, en la revista que hoy presentamos. Su finalidad es la de rescatar y conservar el legado de una serie de voces relacionadas con la cultura del agua en la huerta, escogidas por su singularidad o situación de poder desaparecer. Con el actual, la revista *Cangilón* brillantemente llega a su número 24 y en sus 96 páginas incluye, junto al citado, una veintena de artículos de gran interés. Tres de ellos hacen referencias a museos: el de Francisco M. Peñalver Aroca relata la situación actual del Museo Arqueológico Municipal de Cehegín y hace historia de los avatares acaecidos desde que, en 1977, surgiera esa idea en un grupo de arqueólogos aficionados. El Museo Etnológico de Ceutí es descrito por José Antonio Marín Mateos, con un detenimiento especial en las características y propósitos de la exposición permanente. En otro artículo, es el propio Ángel Luis Riquelme Manzanera quien glosa las dos recientes e importantes donaciones realizadas a este museo etnológico, como son la bella maqueta, a escala, del molino de viento cartagenero de extracción de agua, mientras que la segunda donación es el no menos bello óleo «Los auroros del Rincón» de la pintora María Luisa Méndez Ludeña.

Otros tres artículos guardan relación con fiestas populares. José Antonio Melgares Guerrero, con una documentada investigación evita que caiga al pozo del olvido dos tradiciones ya desaparecidas, “Eneiros” y “Juegos de cuadra” en el campo de Caravaca. La misma intención de rescatar del olvido una fiesta popular de la huerta murciana desaparecida en los cincuenta, en las proximidades de San Ginés es la que motiva el cuidado artículo de Salvador

Frutos Hidalgo *La fiesta de los verdes*, mientras que Saura Mira prosigue su estudio sobre las expresiones festivas murcianas deteniéndose, en esta ocasión, en los *Festejos Septembrinos en Murcia y su Región*.

Nuestro hábitat es el protagonista de otros dos artículos. Nuevamente es Ángel Luis Riquelme Manzanera quien, con una excelente documentación bibliográfica, acompañada de 25 fotografías muy pertinentes y de dos dibujos esclarecedores, se ocupa de las fuentes, manantiales y ramblas en la historia del parque regional del valle. Tras una primera parte previa ya publicada, dedicada a la sierra de la Cresta del Gallo, ésta segunda parte se refiere a la orientación de la cara Norte de la sierra del valle analizando con gran orden y rigor once fuentes, ramblas y manantiales, que van desde la fuente de la Cresta del Gallo a la Rambla Paciencia y Manantial, presa y balsas de Torre Isabel. En cuanto al segundo artículo, es una breve aproximación de Esteban Gómez Orenes sobre el papel del medio ambiente en la agricultura.

Recuerdos, unas veces dulces, otras amargos, del pasado nos traen otra amplia serie de artículos incluidos en este número de *Cangilón*. Empecemos por los más lejanos geográficamente, los procedentes de Cuba, que me hacen recordar viejos recuerdos de mi infancia, con los relatos que oía de labios de mi abuelo, que había sido un patriota voluntario participante en las guerras coloniales. El médico forense cubano Dr. Sergio Luis Márquez Java ha realizado un estudio médico antropológico de 348 certificados de defunción de los años 1896 al 1898 pertenecientes a soldados españoles fallecidos en el Hospital Militar de Candelaria, de los que hasta un 41% lo fueron paludismo, mientras que solo un 3,2% fallecieron como consecuencia directa de las heridas recibidas. También se refiere a este periodo histórico de nuestras guerras coloniales con Cuba el artículo



Clausura y despedida por la representante del ayuntamiento Dña. María Dolores Fernández Gálvez.

«Murcianos en Cuba», de Antonio Sánchez Verdú y Francisco Martínez Torres, en el que, con asombro me entero de que hasta medio millón de españoles participaron. Solo en Murcia, en 1898, el contingente que le correspondía era el de 5.300 soldados. Por ello, como los autores indican, no es de extrañar que entre las lenguas populares de Murcia y Cuba aún encontremos un gran cúmulo de coincidencias,

Dentro de un orden más fantástico podemos encuadrar el estudio sobre la mitología popular de la Región de Murcia realizado por José Emilio Iniesta González, en los que los espíritus aéreos que viven en las nubes parecen haber evolucionado desde las antiguas ánimas y hadas murcianas hasta las recientes avionetas fantasmas. También de supersticiones trata el trabajo de Jesús Navarro Egea sobre «Bestias malditas», sobre las relaciones, a veces negativas, que en las obla-ciones agrestes se establecen entre los humanos y sus interpretaciones estigmáticas respecto a algunos animales.

Retrotrayéndonos a hace 150 años, Ricardo Montes Bernárdez compara los nombres del territorio de Abanilla y su evolución hasta la situación actual. Y, avanzando un poco más en el tiempo, en un artículo bilingüe, en castellano y panocho, Manuel Zapata Nicolás analiza el desarrollo industrial y sedero, desde los

pocos datos disponibles del siglo XVII hasta el declive del siglo XIX, culminado en el XX.

Aparte de secciones más o menos habituales como la excelente Críticas de libros de Saura Mira o la reseña de presentación del número anterior de la revista, deseo completar la presentación del actual número de Cangilón, refiriéndome a otros tres artículos de recuerdo que, al leerlos, les llenarán de sensaciones amables y placenteras. Nuevamente es Saura Mira quien, de modo magistral, con su gran conocimiento profesional, con motivo de la exposición realizada en el palacio del Almudí, realiza un espléndido recordatorio de Nicolás de Bussy. Otro artículo muy pertinente, debido a la reciente implantación en nuestra Región, ubicada en nuestra Facultad de Medicina, de la escuela de Matronas de la Región de Murcia, es el de Ángel Palazón Cerón sobre las matronas en la huerta, en el que se hace eco de la convocatoria, por parte del ayuntamiento de Alcantarilla, de una plaza de matrona, con 40 ducados de dotación, para que asistiese a los pobres. Y, José-Emilio Iniesta González comparte su alegría, a través de su relato titulado La Bughya: la obra cumbre del señor de las biografías, al contarnos su adquisición en El Cairo del preciado ejemplar de la Bughya, escrita en el siglo XII por el murciano Al-Dabbí, maestro en el arte de biografiar a los más importantes hijos de Al-Andalus.

Un muy interesante número, acompañado de numerosas ilustraciones y fotografías y de la excelente portada, pintada por Vicente Armiñana, sobre los caballos del vino de Caravaca,

Finalizo reiterándoles mi petición de benevolencia, mis sentimientos de profundo agradecimiento y mis mejores deseos para que sus importantísimas actividades continúen realizándose con el mismo denodado esfuerzo con el que lo vienen haciendo hasta ahora. Muchas gracias.».